

camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de region en region, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talion á la ley de la gracia; y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado: dió bofetadas á su Dios, y há ya diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo: escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro: despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares: dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones: puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas: crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente: mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron á Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófoles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible magestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma que entre la Fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo, que ha sido el más libre de todos los pueblos y el más grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me habia propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios, en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontrais grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra indulgencia; vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que, como yo, la imploran, y á los que, como yo, la necesitan.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 4 DE ENERO DE 1849;

PRECEDIDO

DE UN ARTÍCULO INSERTO EN **EL HERALDO** DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1848,

Y

seguido de la Correspondencia con el señor Conde de Montalembert, y de la Polémica con algunos periódicos.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Reuniendo en un mismo cuaderno los escritos que van contenidos en este, no solamente cumplimos lo que exige el orden cronológico de su producción respectiva, sino que también creemos satisfacer á lo que pide el orden lógico, como quiera que son partes integrantes de una sola idea.—Nos ha parecido que el inmediato siguiente ARTÍCULO sobre los sucesos de Roma puede y aún debe considerarse como natural preámbulo del DISCURSO que insertamos después; así como la CORRESPONDENCIA con el conde de MONTALEMBERT, y la POLÉMICA periodística que siguen al DISCURSO, son evidentemente no solo una secuela del mismo, sino un luminoso comentario y epílogo de las grandes ideas en él contenidas.—

Las dos cartas que publicamos del conde de MONTALEMBERT, las traducimos fielmente de sus propios originales. Las de DONOSO fueron publicadas por algunos periódicos españoles, traducidas del francés; y nosotros ahora las reproducimos conforme á los propios borradores en castellano, escritos por su autor. La primera de estas cartas suscitó protestas y refutaciones de vária índole en algunos periódicos españoles de la época, que fueron la ocasión del comunicado de DONOSO, inserto aquí en último lugar con el nombre de POLÉMICA, y cuyo texto mismo nos parece espresar con sobrada extensión los cargos á que responde para juzgarnos dispensados de exponerlos más detalladamente.

Por lo demás, no terminaremos esta advertencia sin llamar de nuevo y muy eficazmente la atención del lector sobre todas estas producciones, que fueron la pública y solemne inauguración de las creencias y doctrinas, en cuya virtud ganó el marqués de VALDEGAMAS tan ilustre renombre de filósofo católico, y una celebridad en el orbe cristiano, tan lisonjera para España como, lo que importa más, tan provechosa á la eterna y santa causa de la Religión verdadera.—

ARTÍCULO

SOBRE

LOS SUCESOS DE ROMA,

PUBLICADO EN EL HERALDO DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1848.

La demagogia, que va caminando por la Europa, como las furias antiguas, coronada de serpientes; que vá dejando en todas partes en pos de sí manchas rojizas y sangrientas; que ha hollado en París todos los tesoros de la civilizacion, en Viena toda la magestad del imperio, en Berlin la cumbre de la filosofía, viniéndole estrecho á su ambicion tan portentoso teatro, ha levantado su trono, y ha asentado su yugo en Roma la santa, la imperial, la pontificia, la eterna.

Allí donde el Vicario de Jesucristo bendice al mundo y á la ciudad, se levanta arrogante, impía, rencorosa, frenética, y como poseida de un vértigo, y como tomada del vino, esa democracia insensata y feroz, sin Dios y sin ley, que oprime á la ciudad y que conturba al mundo.

Las colinas de Roma han presenciado el tumultuoso desfile de todos aquellos pueblos bárbaros que, ministros de la ira de Dios, antes de sujetar á la tierra, vinieron á saludar respetuosos y sumisos á la reina de las gentes. Atila el bárbaro, el implacable; Alarico el potentísimo, el soberbio, sintieron desfallecer sus brios, templarse su arrogancia, amansarse su ferocidad, disiparse su cólera y humillarse su soberbia en presencia de la ciudad inmortal y de sus Pontífices santos. Corred del Oriente al Occidente, del Septentrion al Mediodia: abarcad con la memoria todos los tiempos, y con los ojos todos los espacios: y en toda la prolongacion de los primeros, y en toda la inmensidad de los segundos, no hallareis un solo individuo de la especie humana, que no reverencie la virtud y que no respete la gloria. Solo la demagogia ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni la gloria, esa virtud de las naciones: la demagogia, que atacando todos los dogmas religiosos, se ha puesto fuera de toda religion; que atacando todas las leyes humanas y divinas, se ha puesto fuera de toda ley; que atacando simultáneamente á todas las naciones, no tiene patria; que atacando todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del género humano. La demagogia es una negacion absoluta: la negacion del gobierno en el órden político, la negacion de la familia en el órden doméstico, la negacion de la propiedad en el órden económico, la negacion de Dios en el órden religioso, la negacion del bien en el órden moral. La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia: no es un error, es el error absoluto: no es un crimen cualquiera; es el crimen en su acepcion más terrífica y más lata. Enemiga irreconciliable del género humano, y habiendo venido á las manos con él en la mas grande batalla que han visto los hombres y que han presenciado los siglos, el fin de su lucha gigantesca será su propio fin ó el fin de los tiempos.

Todas las cosas humanas caminan hoy á su final desenlace con una rapidez milagrosa. El mundo vuela: Dios ha querido darle alas en su vejez, como dió en su vejez hijos á la muger estéril de la Escritura. Dios le ha puesto las alas con que vuela, y él no sabe á donde vá. ¿A dónde iba el pueblo cuando levantó en París sus barricadas de febrero? Iba á la reforma, y se encontró en la república. ¿A

dónde iba cuando levantó sus barricadas de junio? Iba al socialismo, y se encontró en la dictadura. ¿A dónde iba Cárlos Alberto cuando descendió con ejército potente á las llanuras lombardas? Iba á Milan, y se encontró en Turin. ¿A dónde iba el ejército austriaco cuando salió vencido de Milan? Iba á encumbrar los Alpes, y se encontró en Milan. ¿A dónde iban esos pueblos italianos, levantados de sus asientos como si obedecieran á una voz imperiosa bajada de las alturas? Iban á vencer á un imperio vivo, y fueron vencidos por él, como los moros por el Cid, despues de muerto. ¿A dónde van esos esclavos croatas? Van á Viena á defender la democracia esclavona, y se vuelven despues de haber levantado al César sobre sus escudos, como los antiguos francos. ¿A dónde van los magyares, esa raza nobilísima de nobles caballeros? Van á sostener la aristocracia feudal en las aguas del Danubio, y tienden la mano á la demagogia alemana. ¿A dónde van los asesinos de Rossi? Van al Quirinal á robar á un rey una corona, y sin saberlo, ponen en su sagrada frente una corona más: la corona del martirio.

El mártir santo es hoy mas grande, es hoy mas fuerte á los ojos atónitos de la Europa, que el rey augusto. La demagogia no reinará en el mundo sino en calidad de esclava de Dios, y como instrumento de sus designios. ¿Qué importa que ella vaya al Capitolio? ¿Quién es en estos tiempos el que llega á donde vá? ¿Quién es aquel á quien el claro dia no se le hace oscura noche, que le estra via en su camino? Si la Francia fué á la república, pensando ir á la reforma; si despues fué á la dictadura, pensando ir al falansterio; si Cárlos Alberto fué á Turin, pensando ir á Milan; si Radetzky fué á Milan, pensando ir á los Alpes, ¿qué mucho que la demagogia romana, pensando ir al Capitolio, vaya á la Roca Tarpeya?

Los demagogos de nuestros dias, habiendo llegado ya al paroxismo de su soberbia, han renovado la guerra de los Titanes, y pugnan por escalar el Quirinal, poniendo cadáver sobre cadáver, como los Titanes pugnaron por escalar el cielo, poniendo monte sobre monte, Pelion sobre Osa. ¡Vanos intentos! ¡Soberbia vana! ¡Locura insigne! En este duelo del demagogo contra Dios, ¿quién habrá que tema por Dios... si no es acaso demagogo?

Pueblos, escuchad: estraviadas muchedumbres, poned un oído atento, y guardaos: porque, al paso con que caminan los crímenes, la hora de la expiación está cerca. Ni el mundo en su paciencia, ni Dios en su misericordia, pueden sufrir por más tiempo tan horrendas bacanales. Dios no ha puesto á su Vicario en un trono para que caiga en manos de alevos asesinos. El mundo católico no puede consentir que el guardador del dogma, el promulgador de la fé, el Pontífice santo, augusto é infalible, sea el prisionero de las turbas romanas. El día que consintiera el mundo católico tamaño desafuero, el catolicismo habria desaparecido del mundo; y el catolicismo no puede pasar: antes pasarán con estrépito y en tumulto los cielos y la tierra, los astros y los hombres. Dios ha prometido el puerto á la barca del pescador: ni Dios ni el mundo pueden consentir que la demagogia encumbre su seguro y altísimo promontorio. Sin la Iglesia nada es posible sino el caos: sin el Pontífice no hay Iglesia: sin independencia no hay Pontífice. La cuestion, tal como viene planteada por los demagogos de Roma, no es una cuestion política, es una cuestion religiosa: no es una cuestion local, es una cuestion europea: no es una cuestion europea, es una cuestion humana. El mundo no puede consentir, y no consentirá, que la voz del Dios vivo sea el eco de una docena de demagogos del Tiber: que sus sentencias sean las sentencias de Asambleas tumultuosas, independientes y soberanas: que la demagogia romana confisque en su provecho la infalibilidad prometida al obispo de Roma: que los oráculos demagógicos reemplacen á los oráculos pontificios. No: eso no puede ser, y eso no será, sino es que hemos llegado á aquellos pavorosos días apocalípticos, en que un gran imperio anticristiano se estenderá desde el centro hasta los polos de la tierra: en que la Iglesia de Jesucristo padecerá espantosos desmayos: en que se suspenderá por única vez el sacrificio tremendo, y en que, despues de inauditas catástrofes, será necesaria la intervencion directa de Dios para poner á salvo su Iglesia, para derrocar al soberbio y para despeñar al impío.

Al punto que han llegado las cosas, una solucion radical es urgentísima. Las sociedades no pueden más, y es menester, ó que la

demagogia acabe, ó que la demagogia acabe con las sociedades humanas: ó una reaccion, ó la muerte. Dios nos dará en su justicia la primera, para librarnos en su misericordia de la segunda.